

Se detuvo en el extremo de la azotea.

Se vió su mano tenderse hácia las torres lejanas del conyento. Se la oyó que decía:

—Los hijos de Doria son bellos.... En dónde están los hijos de Monteleone?.....

Luego, con una voz sonora, añadió:

—Oís los clamores de esas campanas?..... Pronto, pronto, la silla á los caballos!..... La muerte está aquí..... está en estos alrededores..... La sombra está llena de puñales del Silencio!..... Es la noche del 15 de Octubre!!.....

X.

LA MISA A LAS DIEZ DE LA NOCHE.

MANUEL marchaba por el valle desierto, cuando oyó la doble detonación.

Ni siquiera volvió la cabeza.

Cuando el lúgubre clamoreo de las campanas llegó hasta él, se descubrió la cabeza, é hizo la señal de la cruz.

Mas tarde, cuando esa gran detonación hizo estremecer el suelo bajo sus piés, apresuró el paso.

—Es la noche del 15 de Octubre—decía él también—oran cumpliendo la última voluntad de los muertos.

La oscuridad era completa cuando llegó á las ruinas!

No hizo como Athol, nuestro aventurero, que habia buscado tanto

tiempo. Los recuerdos le guiaban por entre aquel laberinto de escombros, hundidos bajo la yerba.

Marchó en derechura hácia el montecillo en donde Athol habia visto por primera vez á la muger vestida de blanco.

Su corazón latía con mucha fuerza, y su voz era temblorosa y conmovida, cuando se hablaba á sí mismo.

Pero si un rayo de luz hubiera iluminado de pronto aquellas tinieblas, habríais visto la esperanza animando aquel humilde y honrado rostro.

—Sí, sí! se decía á sí mismo; tan nobles y tan ricos!.... Será necesario hacer cuentas.... lo que falta á los unos, los otros lo tienen de sobra..... Yo sabía bien que el maestro habia pensado en todo antes de morir.....

Al llegar á la colinita, plantó en tierra su pala, y empuñó el pico.

—Riquezas, esplendor.... nobleza! pronunció, dando á pesar suyo un acento solemne á su voz; todo está ahí dentro!

Pero un grito de asombro se escapó de su pecho, cuando vió delante de sí un agujero abierto y oscuro.

—Han venido! exclamó; quién ha venido?

Entró bruscamente á aquel retrete, cuya pueria habia atravesado Athol lleno de respetuoso recogimiento

Habia adentro un olor de pólvora muy pronunciado.

La luna, que se habia ocultado detrás de una nube, mostró su argentado disco, cuyos rayos penetraron, por la abertura, al gabinete.

El retrete se llenó, de pronto, de luz.

No habia absolutamente ninguna humedad, porque el pabellon, ademas de ser todo de mármol, estaba construido sobre una bóveda.

Era un retrete bellissimo, construido conforme al estilo italiano moderno.

Las paredes, adornadas con ligeras guirnaldas de mosaico, conservaban una singular frescura.

Parecía que el artista acababa de dar la última mano á los adornos.

Como no habia pinturas, ni dorados, nada habia sufrido.

Solo las telas que cubrian los lechos, y la gasa de las cortinas, estaban deslabazadas y marchitas.

Causaba cierta impresion estraña ver aquellos girones envejecidos y húmedos, en medio de la sobria opulencia de las paredes!

Un lecho nupcial y dos cunas, ya lo hemos dicho, formaban todo el mueblaje de aquel aposento.

La impresion que todo aquello produjo en Manuel, fué tanto mas violenta, cuanto habia sido tardía.

Cayó de rodillas, y sus ojos se inundaron de lágrimas!

—Catorce años han pasado! murmuró. Y en vez de la juventud, y de la belleza, y de la dicha, solo hay la muerte!.....

Su mirada estaba fija sobre el lecho con una especie de estupor.

Sacó del seno un papel, que desdobló lentamente.

Estaba frente á la entrada, y la luz de la luna caía á plomo casi sobre la escritura, por encima de su espalda.

Leyó:

“..... Nadie ha entrado en este lugar desde el día en que toda mi dicha se hundió al propio tiempo. La puerta fué tapiada, quedando dentro el lecho de María y las dos cunas vacías.”

Manuel se detuvo, porque las lágrimas le cegaban.

De pronto se enderezó, acometido por un estremecimiento.

—Pero alguno otro ha venido, exclamó.

Por un instante lo había olvidado. Tan fuertemente así habían obrado sobre su corazón los recuerdos de lo pasado!

Su mirada recorrió todo el ámbito de la cámara subterránea. En esa mirada había mas esperanza que temor.

—Los que hayan venido—pensó—no sabían el secreto.....

Y consultó de nuevo el papel que tenía en la mano.

“..... Frente á la cabecera del lecho—murmuró leyendo—en el tercer tablero; el que tiene en el centro el escudo de Monteleone con la divisa.....”

No había que engañarse. Todos los tableros eran semejantes, excepto aquel, que además de su ligero adorno de mosaico, tenía un escudo rodeado del gran cordón del Toison del Oro.

El escudo era azul, con corazón de oro traspasado, de arriba á abajo, por dos espadas de lo mismo, con esta divisa: *Agere, non loqui.*

Manuel puso el dedo sobre el escudo, que ocupaba el centro del tablero, y operó una presión.

El tablero giró inmediatamente, y mostró una cavidad cuadrada, en forma de armario, que no contenía mas que un cofrecillo de acero cincelado.

Manuel lanzó un grito de alegría, y se apoderó del cofrecillo.

Pero, la cerradura había sido hecha pedazos de un pistoletazo. Conservaba aún los restos de la bala.

El cofrecillo estaba vacío.....

—Hola! Mariola! local! gritó por fuera una voz cascada; has hecho ese agujero para esconderte? Vamos! si vuelves como una buena muchacha, no te pegaré!..... pero si me haces correr, ya puedes componerte!.....

El chasquido muy expresivo de un chicote, acompañó estas últimas palabras!

Era una vieja, que iba saltando y cojeando por entre las yerbas, con la linterna en una mano, y un chicote en la otra.

Una vieja á la Rembrandt; rostro largo y flaco, cabellera cana erizada, nariz filosa y acaballetada, que descendía en pico encima de una boca hundida, hasta tocar casi la barba, que se prolongaba hácia afuera como la punta de un chanclo; ojillos legañosos, paridos, pero chispeantes, detrás de un inculto bosque de cejas entrecanas.

Tal era la vieja que se detuvo frente á la entrada del pabellon de mármol.

—De veras, murmuró ella; hé aquí un lecho que puedo uno llevarse, si no es muy pesado..... He pasado muchas veces por aquí, sin figurarme que pudiera quedar algo!.....

Se interrumpió con una risa siniestra; y luego añadió:

—La Mariola es capaz de haberse dormido llorando sobre las dos cunas!

La luz de su linterna iluminó sucesivamente todos los rincones del aposento.

No vió nada.

Parecía que tenía miedo de entrar.

—Por él es por quien doblan allá!.... murmuró sordamente; no me gusta salir en estas noches del 15 de Octubre.... Ah! cómo va á pagármelas todas la Mariola!

Vamos, mi querida hija, añadió en alto con una voz melosa; cuando pasas la noche corriendo así, sabes bien que el trabajo no adelanta al día siguiente.... te duermes sobre la ruca.... Vamos! no te da vergüenza?... Ganas el pan que comes?... Anda, Mariola! anda!

Aguardó durante un momento la respuesta.

Pero no hubo respuesta.

—Vendrás? exclamó colérica; ó será preciso que yo vaya á buscarte?

El chicote amenazador dejó oír su chasquido; pero tampoco hubo respuesta.

La vieja pasó el quicio de la puerta con un paso vacilante.

Tenía miedo. La linterna temblaba entre sus manos.

Cuando estuvo en medio de la pieza, percibió una masa oscura medio oculta detrás de la cabecera del lecho.

Se acercó.

Era un hombre, que tenia entre sus manos crispadas un cofrecillo de acero, abierto y vacío.

El hombre estaba privado de sentimiento, y como muerto.

La vieja se acurrucó junto á él, y le iluminó el rostro con su linterna.

—Mi sobrino Manuel! gruñó con mas sorpresa que emocion; debo de ser muy vieja ya, puesto que los que he mecido sobre mis rodillas son viejos.

Aquella vieja vivia en una cabaña perdida entre las rocas, á una milla de allí, casi en la cúspide de las cumbres que separaban el Martorello de la playa.

Se llamaba Berta Giudicelli, y habia sido la nodriza de Bárbara de Monteleone, á quien habia conservado un amor de madre.

Ella era la única en el mundo que habia sabido algo de las secretas esperanzas de Bárbara, antes del matrimonio del difunto duque; ella sola habia enjugado sus lágrimas, igualmente secretas, y consolado la sombría desesperacion de Bárbara, cuando Mario Monteleone tomó por esposa á una estraña.

Sin embargo, desde el principio manifestó á la nueva castellana un amor ardiente y solícito. Ella fué la que intrigó para que su hija obtuviese el honor de dar su pecho al heredero de Monteleone.

Cuando, despues de la catástrofe que hundió á toda la casa en el duelo, la esperanza pareció sonreir de nuevo al maestro de los Caballeros Herreros; cuando María de los Amalfi le hubo dado sucesivamente un hijo y una hija, Berta se multiplicó en torno de ellos como la misma Bárbara.

Los niños la querian muchísimo, porque sabia contarles todos esos cuentos maravillosos y esas canciones melancólicas, que tienen tanto poder sobre las imaginaciones infantiles.

Los llamaba sus ángeles queridos, y los llevaba cuantas veces podia á su cabaña.

Nadie se admiraba de ello.

No habia una sola persona en el pais, que no adorase á aquellos rubios serafines, que eran la bondad misma.

El dia en que la barca berberisca cruzó por el golfo de Santa-Eufemia; el dia que desaparecieron á su vez el segundo hijo y la hija de

María de los Amalfi, condesa de Monteleone, los habian visto, á los dos, jugueteando frente á la cabaña de Berta.....

Como tenia ya cerca de ochenta años, la dejaron su cabaña cuando la *despoblacion*—como llaman en Italia á esas bruscas emigraciones mandadas por el gobierno.

Ella era la única que quedaba en el pais de cuantos hubieran visto los hermosos dias del Martorello.

Los pescadores decian que era bruja.

Y decian, ademas, que tenia en algun hoyo profundo escondido oro mal adquirido: los treinta dineros de la traicion.

Cuando estaba ella lejos y no podia oirlos, la llamaban *la hembra de Judas*.

Pero no se atrevian á rehusar el hilo fino que ella trabajaba en la rueca, y que les servia para sus útiles de pesca.

Vivia sola. Cuando iba á llevar su hilo á la playa, su puerta permanecía cerrada.

Circulaban estraños rumores en el pais.

Los contrabandistas, una noche que escalaban la cuesta para pasar un cargamento de telas de Francia, á través del Martorello, habian oido que disputaban dentro de la cabaña de Berta.

La vieja amenazaba. Silbó un látigo, y se oyó un gemido, algo semejante á la queja de una muger.

Ademas, la cantidad de hilo que traia á los pescadores, parecia, hacia tiempo, demasiado considerable para ser el producto del trabajo de una sola persona, aun cuando se hubiera afanado dia y noche.

Pero los que, por casualidad, habian franqueado el quicio de su cabaña, la hallaron siempre solitaria.

Vivia de una manera miserable. No compraba mas pan que el estrictamente necesario para no morir de hambre.

Hay viejas que hablan solas.

Los nuevos habitantes de la aldea se ocupaban muy poco de esa octogenaria arisca y repugnante, á quien no conocian. El terror supersticioso de las gentes de la mar los mantenia á distancia de ella; y Pietro, el posadero del Corpo-Santo, su mas próximo vecino, era una especie de *despreocupado*, que tenia hartos que hacer con sus tercianas.

Berta estaba, pues, allí en su montaña, como en el fondo de un desierto. Hacia lo que queria. Tenia una esclava en medio de un pais cristiano, una esclava á quien hacia trabajar á chicotazos, en un agujero!

Y si de tiempo en tiempo, de noche, algun caminante extraviado encontraba un fantasma en el valle, era que la esclava de la vieja Berta se habia escapado por un momento.

Habia gentes que daban un nombre á este fantasma, y que decían que María de los Amalfi, condesa de Monteleone, muerta no se sabía dónde, volvía de noche y vagaba en torno de las ruinas en donde estaba la cuna de sus hijos.

Aquella noche habia roto su cadena la esclava, y Berta la buscaba con el chicote en la mano.

Berta dejó á Manuel tendido sin movimiento, junto al lecho, y salió del pabellon de mármol, para recorrer de nuevo las ruinas.

Decía, cojeando por entre la maleza:

—Ven, Mariola!.... hija mia, ven!.... ven!

Luego, á veces, interrumpiéndose:

—Mi sobrino Manuel es el último de la familia... Le he visto muy niño..... Tambien ese se hundirá en la tierra antes que yo!....

En aquel momento eran un poco mas de las nueve de la noche.

Las campanas del Corpo-Santo se callaban; pero se veían relucir las ventanas de la iglesia, iluminada, en lo alto de la montaña.

Por el camino, el carruaje de viaje del conde Loredano y su hermana, bien cerrado, corria á galope, circundado por la escolta. Pistolas y carabinas iban amartilladas.

Después de lo que habia pasado, el jefe de los gendarmes declaró que no podia contarse con seguridad mas que en la ciudad; y Loredano, á pesar de su herida, se habia determinado á partir luego, luego.

Antes, sin embargo, el hermano y la hermana se informaron de aquellos que les habian salvado la vida. Con gran asombro de Pietro, Julian y Celeste se negaron á comparecer delante de sus esclencias.

Podia esto atribuirse á timidez; pero Celeste y Julian rehusaron igualmente un bolsillo lleno de ducados que sus esclencias les enviaron.

En verdad que esto era el colmo de la locura. El buen Pietro comprendió que los dos niños tenían el cerebro al revés, como el viejo Manuel, su padre.

Y pensó para sí, que seria el colmo de la insolencia devolver el bolsillo á sus esclencias. Era tan amable ese Pietro!

Así, pues, para no faltar al respeto debido al conde Doria y á su bella hermana, juzgó prudente apropiarse sus ducados.

Celeste y Julian siguieron largo tiempo con la vista la calesa, en medio de la nube de polvo que levantaba en el camino. Cuando al fin se les ocultó detrás del recodo del camino, Celeste echó sus dos brazos en torno del cuello de su hermano, que se habia quedado inmóvil y sombrío.

—Julian, mi querido Julian, le dijo; he derramado sangre humana... bastará una vida entera para hacer penitencia?

Julian estaba como absorto.

—Soy acaso hombre!.... murmuraba; mi mano ha temblado..... mi corazón ha desfallecido!.....

Oh! se interrumpió de pronto con exaltación; Celeste, hermana mia, haz hecho bien! si es un crimen, te lo envidio!.....

Celeste bajó la cabeza. Sus mejillas estaban tan pálidas, que parecia una muerta.

—Me amas todavía? preguntó; no te causo horror!.....

—La has salvado! exclamó Julian estrechándola contra su corazón. Hubo entre ambos un largo silencio.

Celeste oraba.

Julian se paseó la mano sobre la frente.

—En dónde estaba ese príncipe Coriolani? dijo de pronto; sin saber tal vez qué hablaba.

Celeste le miró atónita, porque no habia oido jamas ese nombre.

—Hermana mia, repitió Julian con las mejillas inyectadas en sangre, y los ojos chispeantes; si estuviera ahí el altar, pronunciaría mis votos al instante.....

—Quisiera estar en la puerta del claustro, contestó Celeste; la franquearía sin vacilar!

—Dices la verdad? exclamó Julian.

—Digo la verdad! repitió Celeste.

—Las puertas del convento de Catania se abrirán para tí, tan luego como lo quieras.... Y cuando me separé de Fray Gerónimo, me dijo: "Hijo mio, volverás hácia nosotros; te espero...." Quieres partir, hermana?

Celeste respondió, levantándose:

—Estoy dispuesta!

Se cogieron por la mano, y los dos pobres niños, de corazón herido, dijeron al propio tiempo:

—El mundo es malo para nosotros.... tenemos necesidad de Dios!

Ugo, señor de Monteleone, habia construido en el siglo XII ese monasterio del Corpo-Santo, para unas reliquias que traía de la Tierra Santa.

Era uno de esos altivos conventos, de almenas y de torrecillas, como existen aún algunos en el Sur de la Italia.

En la edad media, los abades del Corpo-Santo habian tenido jurisdiccion religiosa y temporal sobre una gran parte del territorio. La corporacion religiosa se habia sustraído bien pronto de la autoridad del fundador, y los papas, en mas de una ocasion, protegieron con su poder la rebelion de los monges vasallos.

Sin embargo, el gran escudo de Monteleone permanecia en el centro del frontispicio de piedra que coronaba la portada interior de la iglesia.

A pesar de las circunstancias podia ostentarse aún su blason, vástago como era de Borbon y de Montferrat, con facultad de usar las armas de Benavente encima de su escudo, y en el centro de éste las propias de Monteleone, azul con corazon de oro, traspasado con las puntas hácia arriba por dos espadas del mismo metal.

Los soportes eran dos leones, en torno de cuyas melenas se enredaba la divisa latina: *Agere, non loqui.*

Decíase que el 15 de Octubre de 1815, Mario Monteleone habia sido ejecutado en el castillo del Pizzo, á las nueve y media de la noche, exactamente una hora despues que el rey Joaquin Murat.

Los patios y los claustros del convento estaban todos tapizados de negro.

Veíase confusamente en el atrio del templo una multitud sombría y silenciosa.

Cuando el relox marcó la hora fatal, las nueve y media, las puertas de la iglesia se abrieron de par en par, dejando escapar grandes torrentes de luz.

La voz del órgano se elevó, y dije las primeras medidas de esa gigantesca sinfonía fúnebre, que el viejo maestro Porpora compuso—segun dicen—para sus propios funerales.

El sonido se prolongaba grave y solemne por las bóvedas, mientras que la silenciosa multitud, reunida poco antes en el atrio, penetraba lentamente en la iglesia.

El convento habia sido restaurado, compuesto, embellecido varias veces; pero la iglesia quedaba y queda aún, como uno de los mas bellos tipos de la arquitectura romano-bizantina de fines del siglo XII.

Las pinturas murales, la polierómia de los entablamentos y de los frisos, los arabescos de las molduras y de los filetes; finalmente, toda aquella *struttura pittoresca*, como llamaban en Italia al estilo importado de Constantinopla por los cruzados, acababa de ser restaurada por la munificencia del último de los Monteleone.

La iglesia parecia salir de las manos del arquitecto.

Era una vasta nave de bóveda prolongada ó elíptica, sostenida por dos hileras de pilastras enormes, á las cuales se adherian columnas

acanaladas, de esa forma regularmente cilíndrica, particular al órden bizantino.

Los capiteles, variados hasta lo infinito, desde el dibujo groseramente imitado del estilo corintio, hasta un bosque de hojas raras, de monstruos sin nombre, de palmas imposibles, de serpientes sin fin, enlazadas entre sí; los capiteles, decimos, tenian grandes dorados, que resaltaban sobre un fondo rojo oscuro.

Cada una de las pilastras tenia su tono general, que diferente en lo particular, contribuia á la armonía general con las pilastras vecinas.

Los costados estaban ocupados por amplias capillas, cuyas ventanas altas, abiertas en el centro del arco de la bóveda, estaban soportadas por dos columnas jónicas, y pasaban por detrás del coro.

En el piso superior, las ventanas, reuniendo juntos dos arcos muy elevados, en un mismo arco de bóveda, estaban adornadas con vidrios planos de Bolonia.

Pero el coro y el altar eran los que con mayor razon podian pasar por modelos de ese arte un poco recargado en su munificencia, que recuerda la audacia y las profusiones babilónicas.

A tal punto, que la vista busca allí esos nichos de pórfido, esos ídolos cubiertos de pedrerías, y esos monstruos de bronce ó de oro, que eran tambien dioses.

Las pinturas laterales del coro, ejecutadas al fresco sobre fondo de oro, por alguno de esos espléndidos pintores griegos, precursores de Cimabué y de Giotto, representaban sin perspectiva, es cierto, pero con colores incomparables, escenas de la pasion de N. S. Jesucristo.

La perspectiva de la tumba formaba el fondo.

La cúpula brillante, reproducia las maravillas de la Ascencion.

Las columnas retorcidas del altar, formadas por dos serpientes entrelazadas, una de mármol negro, y otra de pórfido color de sangre, separadas por un filete de oro, rodeaban, en número de doce, el tabernáculo en donde estaban las santas reliquias.

El tabernáculo figuraba una tumba, y el globo, sirviendo de base á una cruz que coronaba el altar, era de basalto negro.

En uno de los temblores de tierra que marcaron el fin del siglo XVIII, se hundió la iglesia de San-Nicolao-d'Andri. Desde entonces la basílica de Corpo-Santo, abierta á todos, servia de parroquia á toda la feligresía.

Aun cuando hubiérais cuatriplicado el número de los cristianos establecidos en aquellas costas, la basílica de Corpo-Santo habria sido aún muy grande para que la llenaran.

Así, pues, aquella multitud que ocupaba un momento antes el estre-

cho atrio, se desapareció en cierto modo, desde que hubo pasado bajo el hermoso arco de la puerta principal.

Hombres y mugeres se estendieron por las naves y las capillas laterales, tapizadas de negro.

Tan luego como el órgano se calló, reinó un silencio de muerte en la inmensa iglesia enlutada.

Aquella multitud que acababa de entrar, se componia de dos elementos muy diversos.

Habia primeramente las gentes del pais, pescadores, contrabandistas, campesinos indolentes, acostumbrados á dejar el cultivo de los campos á cargo de sus hijos y mugeres.

Estos concurrían, hacia siete años, cada otoño, á esta solemnidad nocturna, como se asiste á un curioso espectáculo.

A escepcion del pequeño grupo de pescadores, cuyas cabañas flanqueaban al Sud-oeste la cuesta del Martorello, esas gentes no tenían ningun lazo de afecto ó de recuerdos con el nombre de Monteleone.

Eran gentes trasplantadas.

Pero habia otro grupo, tan numeroso como el primero, que se componia de viajeros de sandalias, cubiertas del polvo de los caminos.

Estos venían de lejos, y eran en su mayoría antiguos habitantes del pais, espulsados despues de la tentativa infructuosa de Murat.

No se mezclaban para nada con los nuevos habitantes de las campiñas vecinas.

Se les veía formando grupos, bajo la sombra de los pilares, con la capa embozada hasta las mejillas.

Habia entre ellos, mugeres cubiertas con velos.

La iluminacion de la nave auxiliaba, ademas, muy bien, á los que no querían dejarse ver.

El altar resplandecía con las luces de una innumerable cantidad de cirios. Los candiles del coro estaban encendidos, y una doble hilera de candelabros sobre el suelo, rodeaba el gran catafalco elevado frente al tabernáculo.

Pero esto era todo. De la balaustrada del coro en adelante, no habia una sola luz en la iglesia.

Desde el tiempo en que esta ceremonia tenía lugar, jamas los agentes de la policía habian hecho la menor tentativa para impedir la.

No era un acto sedicioso, puesto que Mario Monteleone habia perecido á consecuencia de una traicion privada. El perdon habia sido espedido en tiempo útil por el rey Fernando.

Sin embargo, bajo cada capa, en esos grupos silenciosos, protegidos por la sombra de los pilares, habia una arma.

El catafalco tenía encima la corona de conde y la capa. Habia, ade-

mas, las insignias de las órdenes del Toison de Oro, de España, de la Anunciada, de Cerdeña, y de San Fernando, de Nápoles.

Sobre la cara del paño mortuorio que miraba hácia la nave, habia bordados una série de emblemas místicos, que recordaban los que usan los franemasones.

El principal de estos emblemas era un martillo de fragua, descansando sobre un yunque, y rodeado de esta inscripcion, incomprensible para los profanos:

AR LA⁴AA³ E²AI²M²OA⁴I³

CI²R

IAA⁴MNA³

A⁶ CI²R

L²I³I²A⁴A⁴N

RNM² INE²DAE³PA⁴NM² CI²R M²I³RI²A³II²N.

Un estandarte negro, que pendia de la bóveda, tenía bordada con letras de plata esta divisa latina, que habia sido la del muerto, y que pertenecía al presente á la misteriosa asociacion, cuyos miembros se intitulaban: *Los Compañeros del Silencio*:

AGERE, NON LOQUI.

En el momento mismo en que la puerta exterior se abria, los religiosos hacían su entrada solemne en el coro.

Llegaban al número de veintitres, incluso el abad y los dos priores.

Su traje consistía en un saco de lana, blanco, ceñido en la cintura por medio de una cuerda de cáñamo.

Usaban la tonsura mayor, cuyo diámetro es la línea que toca de una á otra oreja.

Era la órden de los Celestinos del Templo, instituida por Juan de Gaeta, y cuya regla difiere poco de la de San Bruno.

Todos los religiosos se colocaron mudos y graves, en sus sillones, á ambos lados del coro.

El capellan, que habia ayunado todo el dia, para decir aquella misa á las diez de la noche, se presentó bien pronto, revestido con los ornamentos de luto, y seguido de sus dos acompañantes.

Cuando el pié del capellan tocó la primer grada del altar, seis hombres, envueltos en sus capas, y cubierto el rostro con máscaras negras, salieron de entre las sombras.

Marcharon hácia adelante á paso lento, y se colocaron en hilera, en pié, ante el catafalco, frente al balaustrado del coro.

Su aspecto causó cierta emoción entre aquellas tinieblas, en donde se perdían los asistentes.

Pudo percibirse un murmullo, en el que dominaban estas palabras, pronunciadas en voz baja:

—Los *Cavalieri Ferrai*.... Los *Seis*!....

En el introito se arrodillaron; pero sus rostros continuaron enmascarados.

La misa comenzó, sombría y silenciosa, podríamos decir, porque el sacerdote y los acompañantes parecían mover los labios sin producir ningún sonido.

En la nave hubiérais oído volar una mosca.

Por la parte de afuera reinaba ese gran silencio de las noches italianas, en que la naturaleza misma se calla y duerme!

Era un silencio tan completo, que el oído percibía vagamente el lejano murmullo de la mar, que tranquila y lenta, parecía dormitar también sobre la playa desierta.

Después del primer evangelio, y mientras que el sacerdote continuaba oficiando, hubo una extraña ceremonia.

Una larga fila de hombres, envueltos en sus capas, salió de las sombras de las capillas laterales.

Fueron paso a paso, y uno por uno, á arrodillarse delante del catafalco.

Aquellos á quienes llamaban los *Seis*, los cubrían sucesivamente con sus manos tendidas, adornadas con el anillo de hierro.

Cada uno de los *Compañeros* no hacía más que doblar las rodillas; luego se levantaba, y cedía el lugar á otro.

Iban en seguida á colocarse detrás de los *Seis*, en dos hileras, de manera que quedara ocupada toda la línea central de la nave.

En el entretanto, el órgano, que parecía una voz del otro mundo, en aquel prodigioso silencio, entonaba á la sordina la canción de Fioravante:

Amici, alliegre andiamo alla pena....

Esto duró hasta la Elevación.

Durante la Elevación, todos doblaron su frente hasta tocar la tierra.

En el momento en que estaban así, una voz pareció venir de pronto de la bóveda.

Por misteriosa que se hubiera hecho de propósito aquella ceremonia, esto no estaba en el programa; y por lo mismo, no hubo uno que no se estremeciera, oyendo la voz, que decía:

—Por quién orais?... La tumba está vacía!.... no es un viejo el

que ella ha devuelto..... He visto á Mario, más joven, más fuerte, más bello que en los días de su juventud..... Sola yo soy la que estoy muerta!.....

Todas las miradas se habían levantado al mismo tiempo hácia la bóveda, sombría cúpula azul, en donde brillaban algunas estrellas de oro.

Se vió una forma blanca, que se deslizaba lentamente detrás de los arcos calados de la galería alta.

En la torre sonaron tres grandes campanadas, con largos intervalos entre la una y la otra.

Cuando las miradas se volvieron de nuevo hácia el altar, hubo un motivo más de asombro.

A la derecha del catafalco, estaba en pié un hombre de alta estatura, con la espalda vuelta á la nave.

Una capa negra caía en pliegues desde sus espaldas, y una máscara de terciopelo le cubría el rostro.

Los *Seis* se contaron. Ninguno faltaba entre ellos.

¿Quién era pues ese sétimo?

XI.

EL SETIMO ANILLO.

Seis lámparas ardían en torno de un atahud, suspendido por medio de cuerdas encima de una tumba abierta.

La sétima lámpara estaba apagada.

El vaso de ésta era de oro. Los de las otras seis eran de plata.

Cada una de las seis lámparas de plata, tenía un nombre grabado.

Estos seis nombres eran:

Amato Lorenzo.

David Heimer.

Luca Tristany.

Felice Tavola.

Policeni Corner.

Marino Marchese.

La lámpara de oro apagada, tenía el nombre de Mario Monteleone.

El cripto ó iglesia subterránea del Corpo-Santo, reproducía exactamente, menós en la elevacion de las bóvedas, el plano mismo de la basílica.

Ese atahud que permanecía suspendido, ocupaba un lugar correspondiente al centro del coro, en donde estaba el catafalco.

En el atahud había un cuerpo embalsamado.

Era el suyo un rostro noble y dulce, en medio de la palidez del reposo eterno.

La luz de las lámparas no se extendía mas que á pocos pasos del atahud.

A lo lejos, la vista no hubiera podido mas que adivinar la confusa perspectiva de los pilares anchos y chaparros.

La bóveda subterránea estaba desierta, y sin embargo, había instantes en que se hubiera creído oír detrás de ese bosque de pilastras, movimientos y murmullos....

De tiempo en tiempo, la voz del órgano solía llegar como un zumbido sordo.

A algunos pasos de la fosa abierta y del atahud, exactamente debajo del altar mayor de la iglesia, había tendido un lienzo negro.

Debajo del lienzo se veían un yunque, un martillo de fragua, y un pedazo de carbon.

Un crucifijo dominaba aquella mesa simbólica.

Y á lo largo del lienzo estaba bordada una inscripcion, en cuatro versículos, separados por calaveras.

Los caracteres y las calaveras estaban bordadas de blanco.

La inscripcion decía así:

L²AA⁶ ARLN E²AM² A²A⁵T²A⁴OI² I⁴A⁵I² I³R L²I³T²
A⁴A⁴N.

RA A²I².

L²AA⁶ ARLN E²AM² A³I²LA⁴N I⁴A⁵I² I³R IAA⁴MNA³.
RA INA³I³I²A³I³A C²R OA⁴A¹CNA⁴.

Cada año—esta era la costumbre—después de la misa de las diez

de la noche, los Seis Caballeros del Silencio, venían á renovar su voto en torno de los restos del Gran maestro difunto.

Había entre ellos quién sabe qué vaga aprension, cuando bajaron aquella noche las anchas escaleras que conducían á las bóvedas subterráneas del Corpo-Santo.

La ceremonia había sido turbada dos veces. Esa voz misteriosa que había dejado caer desde la bóveda, oscuras y enfáticas palabras, se había quedado en la memoria de los Caballeros, como una amenaza.

Otra amenaza: Quién era ese hombre, que habían tomado al principio por uno de ellos, y que había permanecido en pié, dentro del balustrado, junto al catafalco, durante la última parte de la misa?

De dónde venía? Por dónde había entrado en aquel recinto cerrado? Y con qué derecho había tomado ese sitio de honor?

Había una cosa mucho mas estraña aún.

Después de la bendicion, en el momento en que la multitud se dispersaba, los religiosos del Corpo-Santo habían ido á colocarse en dos hileras, á ambos lados del desconocido, quien con la cabeza erguida había marchado en medio de ellos hasta la sacristía.

Tanto, que los Compañeros formados en la nave, habían murmurado, preguntando:

—Tenemos ya Gran maestro?..... Ese es el heredero de Mario Monteleone?

Y otros decían:

—Si no es uno de los Seis señores, quién puede ser?

Estos eran los mismos pensamientos de los Seis señores, mientras que marchaban silenciosos, bajo las sombrías arcadas que conducían á las bóvedas subterráneas.

Cada uno de ellos decía para sí:

—Es preciso un Gran maestro.

Establecido este principio, cada cual añadía:

—Yo soy quien debe ser el heredero de Mario Monteleone.

Entraron juntos en la iglesia subterránea, y llegaron frente al atahud, sin haber pronunciado una palabra.

Había entre ellos cuatro cabelleras negras, un cráneo medio despojado, y una cabeza cubierta de cabellos blancos.

Era el decano.

Este dijo en voz baja:

—Salud, señor y padre.

Los otros respondieron, todos juntos:

—Salud, señor y padre!

—Yo soy, replicó el viejo, Amato Lorenzo, vuestro compañero y vuestro servidor.

Él que tenía la cabeza medio calva, dijo con un acento austriaco muy pronunciado:

—Soy vuestro compañero y servidor, David Heimer.

Luego una especie de gigante, cuya frente sobrepasaba con mucho á las otras:

—Yo soy Luca Tristany, el capitán.

Luego los otros tres, por su turno:

—Yo soy Policeni Corner, vuestro primo.

—Yo soy Felice Tavola, vuestro pariente.

—Yo soy Marino Marchese, vuestro amigo.

Los seis estendieron entonces encima del atahud sus manos.

En cada una de ellas, en el dedo de en medio, había un anillo igual al de los otros, un anillo de fierro, con la divisa: *Agere; non loqui.*

—El sétimo anillo se acaba, dijo Amato Lorenzo. En el espacio que media entre las diez de la noche y la primera hora del año que empieza de nuevo, se rompe el silencio, mientras las manos están tendidas.... El maestro tenía costumbre de decirnos en este momento: "Qué queréis de mí?"..... Yo hablo en su nombre, y digo como él: Hermanos, qué queréis?.....

—Vivir libre, respondió el gigante Luca Tristany, el primero. He dado muerte á dos hombres..... dos traidores. Es bastante..... Pido la repartición..... Me retiré de la asociación, á no ser que me hagais Gran maestro.

—He consagrado, dijo á su turno David Heimer, mi tiempo y mi fortuna, á la venganza del maestro.... mi tarea está cumplida..... Quiero ser el maestro, ó quedar libre..... y pido, además, la repartición.

—Yo soy pariente de Monteleone, objetó Felice Tavola.

—Yo soy pariente mas cercano que tú, replicó Policeni Corner.

Amato Lorenzo dijo:

—Mis cabellos blancos no pueden obedecer.

—Mis cabellos negros quieran mandar! dijo Marchese riéndose. Hermanos, la comedia está representada. El sétimo año se ha cumplido. Todos nosotros estamos ricos. El tiempo de gozar ha llegado. Cortemos esta cuerda, y que nuestro señor y maestro repose al fin debajo de la tierra..... Hagamos la repartición, y separémonos..... el tiempo prometido se ha cumplido ya. La jurada venganza no se ha ejecutado?

Todos los lábios se abrieron para responder afirmativamente, porque tal era el sentimiento general, cuando una voz se elevó clara y retumbante:

—No! pronunció, antes que nadie hubiera hablado.

Los Seis se miraron á través de los agujeros de sus máscaras.

—Quién ha dicho no? preguntó Marino Marchese.

Y todos los otros repitieron:

—Quién ha dicho no?

Luego, Luca Tristany, con un tono provocativo exclamó:

—Hombre ó diablo, el que ha dicho no, ha mentido!

Su voz retumbaba aún bajo las bóvedas, cuando las cuerdas que sostenían el atahud suspendido encima de la tumba, produjeron un profundo rechinado.

Cada cual pudo ver la polca girar, y el atahud comenzó á descender lenta, muy lentamente.

Al mismo tiempo, el paño negro se agitó.

Los Seis, llenos de asombro, vieron las seis lámparas de plata apagarse de un golpe.

En medio de la oscuridad completa que reinó durante algunos segundos, se oyeron unas pisadas firmes y sonoras, resonar á espacios iguales sobre las losas de la bóveda sepulcral.

Luego reapareció la luz; pero era la lámpara de oro la que ardía.

La lámpara de oro no estaba colgada.

Estaba entre las manos de un hermoso jóven, de rostro atrevido y noble.

Hubiéramos reconocido ese porte altivo, esa mirada de águila, cuyos rayos parecían dardos de acero. Era Athol, nuestro aventurero.

Pero había algo cambiado en su fisonomía.

Una grave emoción debía pesar sobre él, porque sus facciones expresaban una especie de recogimiento.

A su vista, los SEIS retrocedieron.

Y como si no hubieran tenido mas que una sola voz:

—Quién sois? preguntaron.

Sus miradas se inclinaron hácia el atahud, que estaba ya al raz del suelo.

Luego, del rostro del muerto, inmóvil y pálido, se levantaron hácia ese otro rostro radiante de juventud.

Parecían hacer una comparación.

Y la comparación sin duda produjo en todos un resultado semejante, porque sus frentes se inclinaron.

No hubo uno entre los Seis que no temblase.

Todos, sin embargo, habían dado en la vida bastantes pruebas de valor y de resolución; especialmente en los siete años que llevaban de arriesgar la cabeza á cada momento.

El atahud estaba ya mas abajo del nivel de la boca de la fosa. Las sombras se estendían sobre el rostro del cadáver.

Maquinalmente las manos de los Seis, permanecían tendidas encima del atahud, que se hundía poco á poco.

Una sétima mano se estendió del otro lado de la fosa. Era la del recién venido.

Esa mano tenía, como las otras seis, en su dedo de en medio un anillo de hierro.

Solo que el anillo era doble, y tenía á guisa de chapeton tres diamantes, colocados formando un triángulo.

En el momento en que el atahud desaparecía completamente en el fondo del agujero oscuro, el recién venido pronunció con una voz clara y vibrante:

—Adios, señor y padre!

Los Seis permanecieron mudos.

El desconocido prosiguió:

—Luca Tristany, tú eres fuerte. Levanta la losa de mármol y cubre esa tumba.

—Quién eres tú para darme órdenes? preguntó el gigante.

—Soy el MAESTRE; respondió el desconocido.

Y clavó sucesivamente su mirada brillante en cada uno de los seis caballeros.

—Te rehusas, capitán? preguntó sonriéndose.

Junto á la fosa había en efecto una losa de mármol, que yacía en el polvo hacia siete años.

El gigante la midió con la vista.

—No hay hombre que sea capaz de levantar eso! murmuró.

Athol se inclinó; tomó la piedra con ambas manos, la hizo girar sobre uno de sus bordes, como una puerta que se cierra, y la dejó caer sobre la sepultura.

El suelo produjo un gran sonido, que fué repitiéndose de arco en arco, hasta el fondo de la iglesia subterránea.

—Eres fuerte! dijo Luca Tristany, mientras que los otros guardaban silencio. Pero—añadió—mientras que tenías esa piedra con ambas manos, un niño hubiera podido herirte por la espalda. No eres prudente!

Athol tornó á sonreírse, y señaló con su mano derecha, en donde brillaban los tres diamantes, la losa de mármol volteada.

El mármol era blanco. Había dos palabras, grabadas con letras negras.

DIOS VELA.

—Nosotros somos seis—pronunció en voz baja el viejo Lorenzo—y tú estás solo. Tienes el anillo del Gran maestro, es cierto; pero

ya he visto joyas de esas robadas á una tumba! No sabemos quién eres tú! No sabemos de dónde vienes! No sabemos qué es lo que quieres!

Athol respondió:

—Soy el maestro. Vengo del calabozo en donde Monteleone pasó su última hora. Quiero la obediencia.

Hubo un intervalo entre cada una de estas tres frases.

—Estás siquiera iniciado? preguntó David Heimer.

Athol se volvió hácia el lienzo negro, en donde estaba esa estraña é incomprensible inscripción que hemos reproducido mas arriba.

Hizo esto, porque Tristany, el capitán, Marino Marchese y Policeni Corner, habían esclamado al mismo tiempo:

—Que lea lo escrito!

—Allá arriba, sobre el catafalco, dijo Athol, he leído esta inscripción:

AL GRAN MAESTRE
DEL
CARBON
Y DEL
HIERRO,
LOS COMPAÑEROS DEL SILENCIO.

—Y aquí, sobre ese lienzo? dijo Lorenzo, que no podía disimular su asombro.

Athol leyó sin titubear:

Hay algo mas fuerte que el hierro?

La fe.

Hay algo mas negro que el carbon?

La conciencia del traidor.

—La llave! esclamó David Heimer; los simples Compañeros conocen esa fórmula. Dinos la llave que es el secreto de los maestros.

—No! respondió Athol; no os diré la llave.

—No la sabes! esclamaron los Seis.

—La sé!

—Entonces, por qué te niegas á decírnosla?

Athol tomó de encima del yunque el pedazo de carbon.

En vez de responder en voz alta, escribió sobre la losa de mármol de la tumba:

RAM² OI³A³I³PMRAM² I²M²IA²IL²AN³.

David Heimer se inclinó, poseído de una agitación singular, y leyó en voz baja:

—Las tinieblas escuchan!

—Tiene la llave, dijeron los otros cinco. Para escribir, es preciso tener la llave!

—Cada uno de nosotros la posee! replicó David Heimer. El Gran Maestro debe saber mucho mas que los caballeros.

Athol volvió á poner el pedazo de carbon sobre el yunque, tomó el pesado martillo con una sola mano, é hizo de un golpe mil pedazos el carbon.

—He aquí lo que sé! dijo irguiendo de pronto su hermoso talle; no he venido á discutir.... Así haré con cualquiera que se me resista!

Y como un murmullo se elevase entre los *Seis*, Athol añadió:

—Tengo seis puñales contra cada uno de vuestros pechos.

Involuntariamente, los *Cavalieri Ferrai*, clavaron sus miradas, llenas de terror, en la sombra de las galerías.

Vieron, á distancia de treinta pasos, un círculo sombrío é inmóvil.

Athol aplicó á sus lábios el mango de su puñal calabrés. Resonó un agudo silvido, al cual contestó un coro grave y tranquilo:

—Aquí estamos, señor!

—Vaya! dijo Marino Marchese, que era un mozo alegre; las tinieblas hacen cosa mejor que escuchar; hablan..... Hace mas de un cuarto de hora que sentia á estas gentes detrás de mí..... Maestro, si eres el heredero de Monteleone, consiento en obedecerte!

—Lo mismo yo, dijeron juntos Policeni y Felice Tavola.

—Habla! añadió el viejo Lorenzo, conozcamos al menos á nuestro nuevo señor.

Athol puso el pié sobre el mármol de la tumba.

—Estais viendo mi rostro, dijo, y no me conoceis! Pues yo, con mi mirada, penetro vuestras máscaras; sé vuestros nombres, así como sé vuestra vida..... Este—y golpeaba con el pié—ha muerto completamente; su idea yace ahí muerta con él.... Los compañeros del santo mártir, se han vuelto bandidos, contrabandistas, piratas.... tanto mejor! así sois los hombres que necesito. Los santos tienen escrúpulos; yo soy bandido como vosotros; proscrito como vosotros; proscritos y bandidos son los que necesito!.....

—Para llegar á qué? preguntó Marino Marchese.

—Ese es mi secreto, respondió Athol, y lo conservo!

—Seremos, pues, esclavos? dijo irónicamente Heimer.

—No lo sois ya, puesto que vuestra vida está entre mis manos?.... puesto que sois débiles, y yo soy fuerte?.... puesto que soy rico, y vosotros sois pobres?..... Os sonreis?..... Con el pretexto de vengar al maestro, habiais reunido muchos tesoros, ya lo sé..... erais ricos; ¿no hablabais hace un instante de hacer la particion?.....

Y se sonreía él tambien, y los cubria con su mirada burlona.

Nadie le interrumpió.

—Hay en Sicilia—repitió él lentamente—entre Castro-Reale y Santa-Lucía, una gran casa aislada, que fué, segun dicen, un convento... Conocéis ese lugar?

Los Seis se habian agrupado junto al desconocido.

Ninguno de ellos respondió.

—Vaya, qué ya no os sonreis? prosiguió Athol. Conocéis bien, segun veo, esa casa que tenia seis dueños..... Era vuestra caja esa casa; era vuestro cofre..... Luca Tristany, dicen que el marqués de Francavilla tenia mas de seiscientos mil ducados en diamantes..... Trentacapelli no era mas que millonario, pero Samuel Graff, el antiguo secretario del duque del Infantado, tenia con que comprar un reino.... No es así, señor Felice Tavola?.... Buena venganza, esa que ha producido mas de cien mil onzas de oro!..... Oh! ciertamente, habia algo que repartir.... Y el señor David Heimer era un guardian fiel.... Cuándo dejásteis la gran casa aislada entre Santa-Lucía y Castro-Reale, méimherr David?

—Anteayer por la noche, respondió el de los seis enmascarados que tenia la frente calva.

—Era muy temprano..... bien es que teniais doble qué hacer.... Sé que atisbábais la partida del hijo y de la hija de Giacomo Doria por una parte, y por la otra, la llegada de dos pobres niños, huérfanos oscuros, educados en los alrededores de Catania.....

David Heimer hizo un gesto de sorpresa.

—No os asombreis, se interrumpió friamente Athol; hace ya tiempo que me ocupo de vosotros.... Y desde el momento en que me he ocupado de vosotros, me habeis pertenecido!

—Ya lo veremos! exclamó Tristany impaciente. Pero qué hablabais de la casa aislada entre Santa-Lucía y Castro-Reale?....

—Ya llegaremos á ello, capitán.... Antes tengo que deciros, que si Loredano Doria y su hermana hubieran caido bajo vuestros golpes, ni uno solo de vosotros habria salido vivo del lugar en que estamos..... No me interrumpais!.... Loredano Doria y su hermana son míos.... Tengo necesidad de ellos..... David Heimer, habiais enviado doce de los vuestros en su persecucion, por el camino de Monteleone..... esos hombres han huido ó han muerto!

—Mitad lo uno y mitad lo otro! dijo una voz en el fondo del subterráneo; seis prófugos y seis muertos!

—Bien, Ruggieri! dijo Athol, mientras que los *cavalieri ferrai* temblaban.

—En cuanto á los dos niños de Catania, continuó dirigiéndose á

David Heimer, si cae un solo cabello de sus cabezas, me respondeis con vuestra vida.... No quiero mas sangre! esta tumba está cerrada! vuestro juramento se ha cumplido! Monteleone está vengado!

—Habeis dicho lo contrario no hace un instante! exclamó Tristany.

—Monteleone está vengado, repitió Athol, por lo mismo que yo me encargo de su venganza!.... No sois de hoy en adelante, mas que el brazo de ese cuerpo, del cual soy yo la cabeza..... tomo en mi mano la palanca que el maestro os habia dejado, palanca capaz de mover al mundo, y con la cual no hicisteis nada, porque era muy pesada para vuestras manos.... Habeis herido á diestra y siniestra, segun vuestro odio y vuestra avaricia.... Despues de siete años, es preciso que un hombre venga á tomar vuestra tarea incompleta, y os dé una limosna! Una limosna! me oís? porque vuestra caja está hecha pedazos, y no tenéis mas que el vacío que repartiros!....

—Quieres decir que nuestra casa ha sido robada? preguntó Heimer, con un tono de incredulidad.

Los otros murmuraban:

—No somos niños!

—Robada y quemada! respondió Athol. Yo tambien vengo de Sicilia.... Ayer, al pasar por Castro-Reale, ví humear sus ruinas!....

—Cuerpo de Cristo! gritó Luca Tristany; que sepa siquiera el nombre del que se ha atrevido!....

—Es fácil saberlo, respondió Athol con calma. Lo decian en voz alta.... es el Porporato!

—El Porporato! repitieron los Seis con una sola voz.

Luego se callaron.

Tristany mismo cesó de oprimir el mango de su puñal.

Athol se sonreia y los miraba.

—Tengo ganas, replicó, de haceros hoy, mas ricos y poderosos de lo que érais ayer.... Acercaos.... Voy á hablaros á vosotros solos; no conviene que *las tinieblas escuchen*.

Los seis obedecieron maquinalmente.

Athol bajó la voz.

—Tengo soldados—prosiguió de modo que ese misterioso Ruggieri y sus compañeros no pudieran ya oír sus palabras—pero busco capitanes; vosotros me convenís. Tengo necesidad de hombres hábiles como David Heimer, bravos como Luca Tristany, elegantes como Marino Marchese, venerables como Amato Lorenzo.... Os llevo á Nápoles!...

—A Nápoles! repitieron; es imposible!

—Nuestras cabezas están á precio! añadió David Heimer.

—La vuestra en cinco mil ducados, prosiguió friamente Athol; así está en los anuncios.... la de Felice Tavola, en cinco mil tambien....

las de Marchese y Policeni, en cuatro mil cada una; es poco, valen mucho mas que eso.... la de Lorenzo, en seis mil; la del valiente Luca Tristany, en diez mil.... Dentro de un mes, quiero que Felice Tavola sea el mas respetable banquero de la calle de Toledo..... quiero que Policeni y Marchese, oseurezcan á los elegantes de la Villa-Reale..... Los cabellos blancos de Amato Lorenzo, harán muy buen papel en los salones de la nobleza, y no hallo quién pueda usar mejor que Tristany, el uniforme de coronel.....

—Pero.... quisieron objetar los Seis.

—Silencio cuando yo hablo! dijo Athol imperiosamente. En cuanto á David Heimer, le reservó un empleo de confianza.... pero el nombre de este empleo no debe pronunciarse....

Compañeros, se interrumpió, animándose de pronto; estais en buenas manos, os lo prevengo..... Qué tontos son los que han dicho: nuestra obra está concluida!.... Nuestra obra comienza..... Va á nacer á la luz y á la grandeza..... Voy á daros, en vez de estas soledades, á Nápoles la bella, á Nápoles la rica y la alegre! Voy á cambiar vuestras cavernas por palacios.... voy á tender para vuestros pasos, en vez de este suelo árido y desquebrajado, las deliciosas praderas de nuestros retiros reales, los bosquecillos de mirtos, de naranjos, y de rosalaureles..... En cambio de la montaña despoblada, he aquí la ciudad de quinientas mil almas.... Entrad sin miedo y sin cuidado; estais en vuestra casa, es vuestro dominio!

—Pero, no nos habeis oido! dijeron dos ó tres voces; no podemos presentarnos en Nápoles.... nuestras cabezas están á precio!

Athol los contaba con la vista. Una sonrisa orgullosa brotaba bajo su fino bigote.

—Dos veces cinco, dijo, dos veces cuatro, una vez seis, y otra diez... esto forma un total de treinta y cuatro mil ducados por vuestras seis cabezas.... Pues por la mia sola han prometido cuarenta mil ducados!

—Cuarenta mil! repitió Tristany.

—No hay mas que una cabeza de este precio en todo el reino! exclamó David Heimer

Y todos á la vez:

—Quién sois pues? quién sois?

Athol abrió su capa, echando hácia atrás sus profusos pliegues.

Apareció vestido con una casaquilla roja, ajustada al cuerpo, y cerrada con cordones del mismo color. Sus calzones eran de terciopelo negro, cerrados en la garganta del pié por medio de unos botines rojos.

Aquello produjo un solo grito, contenido y como sofocado por el estupor:

—El Porporato!

—Por San Genaro! exclamó Luca Tristany, el primero; os seguiré hasta el fin del mundo.....

—Una cabeza de á cuarenta mil ducados! exclamó Marico Marchese. Los otros dijeron:

—A donde quiera que vayáis, maestro, os seguiremos.

Athol les presentó su mano abierta.

Cada una de las otras seis manos, se colocó sucesivamente en la suya, de manera que los anillos de hierro sonasen al tocarse.

Era el juramento del Silencio.

Luego, Athol dijo:

—Estamos á 15 de Octubre. Os doy cita para de hoy en ocho, en Nápoles, en el teatro de San-Carlo, á las nueve y media de la noche.

—El teatro es grande..... en qué lugar os encontraremos? preguntó David Heimer.

—Buscad, contestó Athol envolviéndose en su capa para salir; buscad el palco de S. A. R. el príncipe Francisco.... y contemplad bien al hombre que vereis sentado á la derecha del heredero de la coronal.....

PRIMERA PARTE.

BELDEMONIO.

I.

PETER PAULUS BROWN, DE CHEAPSIDE.



N 1823 eran todavía buques de vela los que hacían el servicio entre Marsella y Nápoles.

El *Pausilippo*, precioso brick levantino, cuya tripulación entera hablaba ese lenguaje sonoro que alegra las riberas de la Cannebière, dobló el muelle, á toda vela, una cálida mañana de Junio, costeó la punta de la Salud, é hizo su entrada en el puerto de Nápoles.

Hacia ya mas de dos horas que habia sobre el puente un hombre que entorpecía muchísimo la maniobra, ocupado como estaba en mirar á Nápoles, con un antejo de larga vista, de patente, de doce vidrios, sistema Dawson de Lincoln-Inn's-Field, proveedor privilegiado de S. M. la reina y de S. A. S. el príncipe Alberto.